

NEW LEFT REVIEW 118

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2019

ARTÍCULOS

| | | |
|-----------------------------------|--------------------------------|-----|
| DANIEL FINN | Contracorrientes | 7 |
| SIMON HAMMOND | K-punk ampliado | 43 |
| KELLY ASKEW Y RIE ODGAARD | Las dos caras de la titulación | 76 |
| FRANCO MORRETTI Y OLEG SOBCHUK | Oculto a plena vista | 97 |
| WOLFGANG STREECK | Regresión progresiva | 131 |

CRÍTICA

| | | |
|-------------------|--|-----|
| KHEYA BAG | Banderas rojas en el bosque | 157 |
| ANDERS STEPHANSON | ¿Potencia hegemónica neoimpresionista | 167 |

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Daniel Immerwahr, *How to Hide an Empire: A History of the Greater United States*, Nueva York, Farrar, Strauss y Giroux, 2019, 528 pp.

ANDERS STEPHANSON

¿POTENCIA HEGEMÓNICA NEOIMPRESIONISTA?

Engañosamente directo, este rico y detallado estudio de algo «oculto» finalmente resulta ser una polémica argumentación sobre el papel de Estados Unidos en el mundo. Daniel Immerwahr sugiere que con la Segunda Guerra Mundial, el imperio colonial se transformó en una estructura «puntillista»: puntos en el mapa que sin duda no crean un cuadro al estilo de Georges Seurat, pero que no obstante indican algo nuevo. Se nos dice que con el imperio de los puntos la colonización queda sustituida por la globalización. Immerwahr, profesor de historia en la Northwestern University, ha escrito un estudio sobre Estados Unidos que comienza en la década de 1770 y acaba en la era de Donald Trump. Hasta esa inflexión en la Segunda Guerra Mundial, recogida a mitad de camino del libro, *How to Hide an Empire* no tiene ningún razonamiento sistemático. Eso es algo intencionado, porque el movimiento inicial de Immerwahr es heurístico, esencialmente se trata de preguntar qué clase de relato se podría elaborar si el objeto, estrictamente hablando, fuera todo el territorio de Estados Unidos en su sentido jurisdiccional. El resultado al que apunta es un cambio «de perspectiva» que revela una entidad política dinámica y heterogénea, con fronteras que cambian a lo largo y ancho de América del Norte, el Caribe, el Ártico y el Pacífico: los «*Greater United States*».

Immerwahr dice que una de las razones que explican nuestra falta de conciencia de esta entidad política es nuestra fijación con el «mapa-logo», una imagen que decora adecuadamente la cubierta de su libro. Se trata de

la idea popular de Estados Unidos como nada más que los cuarenta y ocho estados continentales (sin contar Alaska), el familiar rectángulo con la generosa curva de la costa de California, la recta del paralelo 49 y la irregular costa atlántica. Immerwahr toma el expresivo concepto de «mapa-logo» de la obra de Benedict Anderson, *Imagined Communities* (segunda edición), donde se utiliza para mostrar cómo el rompecabezas que coloreaba los viejos mapas imperiales finalmente permitió a los propios pueblos coloniales construir contramapas nacionalistas a partir de su particular pieza del puzzle. Aquí, por el contrario, el mapa-logo sugiere una idea de Estados Unidos como un espacio limitado, políticamente uniforme: una unión voluntaria de estados en pie de igualdad con nada fuera de ellos. Esto «oculta» la diferencia tanto interna como externa. Immerwahr sostiene que la República fue siempre una desigual colección de «estados y territorios», «un imperio desde el mismo comienzo», que incluía no solo a las subyugadas tierras indias, sino también a los desigualmente definidos territorios de colonos blancos en la frontera. A continuación el autor define mínimamente «imperio» como poco más que la diferencia jerárquica, la heterogeneidad dentro de unas determinadas fronteras: la relación entre el centro y sus dependencias dentro de los «*Greater United States*». En este sentido, el imperio se convierte en el dispositivo habilitador de la narrativa descriptiva de Immerwahr, el lugar donde sucederán las cosas. Después no viene ninguna narrativa *particular*: la apuesta es que describiendo acontecimientos en este espacio, que incluye en diversos momentos a Cuba, Filipinas, las noventa y cuatro islas del guano y Puerto Rico entre otros muchos territorios, se revelará lo que hasta ahora ha estado oculto. Por lo tanto este no es un relato causal. Como en su primer libro, *Thinking Small* (2014), dedicado al desarrollismo contemplado desde los núcleos de población pequeños en Estados Unidos durante la Guerra Fría, el «argumento» de Immerwahr es el objeto de la investigación. Las causas varían, las cosas suceden.

How to Hide an Empire está armado como un «retrato completo» del «todo» pero, como historiador filosóficamente educado (algo inusual, sobre todo en términos de narratología), Immerwahr sabe que su operación de desvelamiento supone algunas exclusiones visuales, si es que no deliberados actos de «ocultación». Ningún sujeto individual como los «*Greater United States*» recorre la historia del mundo y por ello no puede escribirse ninguna historia individual de él. Para empezar, a diferencia del «*Greater United Kingdom*», para los «*Greater United States*» la importancia que la metrópoli del imperio tiene para los territorios adueñados es mucho mayor que la importancia que éstos tienen para la metrópoli. Reflejando esa disparidad, la configuración espacial que describe Immerwahr no se convierte en una unificada estructura «imperial» que incorpore cualquier lógica discernible. Como él mismo señala, esta es la razón por la que la metrópoli nunca gasta

mucha energía burocrática en hacer funcionar las cosas. Después de que el imperio alcanzara su cúspide a principios del siglo XX, todavía pasarían dos décadas antes de que Washington, en la persona de Franklin D. Roosevelt, finalmente creara la «Division of the Territories and Island Possessions». Sintomáticamente puso al frente de ella a un viejo antiimperialista (Ernest Gruening) y le asignó solamente un puñado de funcionarios. Este era un periodo en el que Albania recibía más atención en *The New York Times* que Alaska. El «retrato completo» necesariamente se convierte en una cuestión de elección: episodios en la vida del imperio.

Una ventaja del concepto minimalista es que Immerwahr no necesita entrar en el tipo de disputas habituales a comienzos de la década de 2000: ¿Estados Unidos es un imperio? ¿Debería serlo? ¿Puede serlo? En su relato no hay ningún «sistema», no hay clases sociales o mecanismos impulsores en general. Del mismo modo puede saltarse cuestiones sobre el «imperialismo», un concepto más amplio que supondría toda clase de investigaciones que van más allá de los límites territoriales. Igualmente, esto también es un defecto. La «diplomacia del dólar», la dominación por medio del control de los sistemas financieros de territorios extranjeros, cae totalmente fuera de su incumbencia, algo que no carece de importancia, ya que quizá esa sea la aproximación más «estadounidense» al imperio, aunque la potencial sustitución de los dólares por balas a menudo acaba por exigir la intervención militar.

El marco conceptual minimalista de Immerwahr también aplana el siglo XIX. El libro subestima la originalidad del «imperio estadounidense de y para la libertad», con su formación en serie de estados que recrean continuamente el contrato fundacional. Ese proceso, relativamente autónomo y carente de un centro imperial, estuvo sin duda impulsado por un colonialismo de asentamiento rapaz y condujo a la eliminación genocida de los nativos americanos; pero políticamente, como proceso de formación de un Estado, fue una brillante innovación acaecida en unas circunstancias históricas irrepetibles. La teleología de Jefferson fue poderosa y funcional, aunque el montaje se demostrara incapaz de resolver la contradicción suprema de la esclavitud por otro medio que no fuera una guerra civil extremadamente violenta. Este concepto minimalista del imperio también oscurece el grado en que la guerra con España de 1898, y sus consecuencias imperialistas rompieron con las normas existentes del excepcionalismo estadounidense: una de las notables demandas del momento de Theodore Roosevelt y Alfred Mahans era que la nación tenía que abordarlo con un sentido «europeo de la civilización», es decir, como una gran potencia y preferiblemente la mejor.

El periodo histórico que cubre Immerwahr es bien conocido en sus contornos y, como han señalado los críticos, ciertamente no queda «oculto» para nadie que tenga algo más que un conocimiento elemental del tema: el colonialismo de asentamiento, la desposesión y erradicación de los indios, el expansionismo, la guerra de 1898 (los Rough Riders hacen también su

aparición), las anexiones en el Pacífico y el Caribe, la sangrienta contrainsurgencia en Filipinas, la experimentación y las imposiciones de la «*Progressive Era*». Incluso un oscuro episodio en este sentido, el del senador William Seward revisando la Guano Islands Act de 1856 para añadir «anexos» —las pequeñas islas que tenían depósitos de excrementos de pájaros— ha sido detalladamente examinado. Los historiadores que se ocupan de Estados Unidos sí escriben sobre el imperio, y se ha prestado mucha atención a temas como el gobierno colonial en Filipinas. Immerwahr, desde luego, es consciente de ello, pero afirma, con cierta justificación, que gran parte de esa atención es episódica, centrada en el pronunciado momento imperialista de 1900 y del periodo posterior. Afirma que los libros sobre los territorios estadounidenses de ultramar están metafóricamente «ordenados en las estanterías equivocadas», porque parecen tratar de países «extranjeros». Además la audiencia a la que se dirige es «el público» y por ello evita mayormente la disputa historiográfica. No obstante, también los lectores normales se podían haber beneficiado de un apéndice sobre la historiografía y su propia posición dentro de ella.

El libro se puede clasificar como historia popular y el autor la reivindica con vigor. Está lleno de fotografías, el tono es informal, el lenguaje fluye y las historias son conmovedoras, aunque ocasionalmente previsibles. Immerwahr escribe con pasión sobre las muchas víctimas «nativas» de sus *Greater United States*, desde cheroquis desalojados a peones filipinos y luchadores por la libertad de Puerto Rico. Se evocan coloridas figuras y personajes con considerable impacto. Un caso llamativo es el Fritz Haber, un químico judío-alemán que vivió durante el cambio de siglo. Haber fue uno de los inventores de los abonos nitrogenados que eliminaron la necesidad de guano, colaboró con el gobierno alemán durante la Primera Guerra Mundial, creando gases venenosos. Después de la guerra estuvo investigando sobre insecticidas. Consecuencia número uno; Haber, el brillante químico, proporcionó involuntariamente sustancias que más tarde se utilizarían en los programas de exterminio en los que perecerían algunos de sus familiares. Consecuencia número dos: Clara, la atormentada esposa de Haber, científica también ella, opuesta al trabajo de su marido durante la guerra y que se suicidó en 1915, era prima del tatarabuelo de Immerwahr. Dejando de lado las anécdotas personales, Immerwahr tiene un sobresaliente ojo para los detalles y para las perspectivas poco corrientes. El planteamiento factual, algunas veces impasible, otras existencialmente invertido, resulta efectivo. Como historia popular, funciona. *How to Hide an Empire* está lleno de historias que muchos lectores normales desconocerán. Los problemas se encuentran en otra parte. Tienen que ver con el alegato que finalmente se materializa.

Immerwahr afirma que incluso cuando la forma del mapa-logo estaba finalizándose en la década de 1850, ya estaba siendo rebasada por el «anexo» de las islas del guano. Tiene razón, pero solamente retrospectivamente; los contemporáneos difícilmente imaginaron que la expansión de Estados Unidos hubiera llegado a un punto final. La Guerra Civil –un asalto masivo sobre el mapa-logo, relativamente ausente de la narrativa de Immerwahr– fue seguida por una reluctancia hacia la expansión en lo que se percibían como áreas racialmente sospechosas, permitiendo en cambio la descomunal incorporación de Alaska en 1867. No obstante, incluso algunos antiimperialistas asumieron alegremente durante el cambio de siglo la «natural» incorporación de, por ejemplo, la Columbia británica, de acuerdo con el viejo modelo de expansión continental. Este es el momento imperialista, cuando el mapa-logo brevemente ocupó el segundo lugar en los mapas de los «*Greater United States*» en las aulas de los colegios. Pronto fue seguido por un periodo de relativa negligencia, cuando los territorios del exterior se convirtieron en una preocupación naval o en una «zona de experimentación».

El relato de Immerwahr de estos últimos es especialmente bueno. Hace un esbozo, por ejemplo, de Puerto Rico tras la anexión a través de la figura de Pedro Albizu Campos, héroe de la lucha por la independencia. El extraordinario Albizu (1891-1965) reaparece a lo largo del libro siempre que se habla de su isla. Enviado por fortuitas circunstancias a Estados Unidos para sus estudios superiores, y graduado en la Universidad de Harvard y en la Harvard Law School, se incorporó al ejército de Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial; después, desilusionado por la falta de interés de Wilson por la autonomía de Puerto Rico, fundó el Partido Nacionalista de Puerto Rico y finalmente pasó décadas en prisión por crímenes reales e imaginarios de insurrección, la última a principios de la década de 1950, cuando sus seguidores desplegaron la bandera de Puerto Rico e hicieron disparos sobre la Cámara de Representantes en Washington. Para entonces Albizu había quedado políticamente fuera de juego desplazado por su rival, Luis Muñoz Marín, que logró imponer su difícil pero efectiva posición: ni independencia ni incorporación a Estados Unidos. Aquí sale lo mejor de Immerwahr mientras combina el relato de un destino individual con una disección estructural de las condiciones coloniales. Puerto Rico, se convirtió en un laboratorio para diversos experimentos sobre «planificación familiar» –basados en el supuesto de que su principal problema era la sobrepoblación–, que condujeron al desarrollo de la píldora anticonceptiva, así como a un número realmente asombroso de procedimientos de esterilización.

El verdadero argumento del libro de Immerwahr surge con la Segunda Guerra Mundial que, según su relato, tuvo dos consecuencias. Por un lado, desencadenó una enorme violencia, brutalidad y devastación en el Pacífico, especialmente en Filipinas donde la reconquista de Manila se convirtió en

el acontecimiento más destructivo sobre suelo estadounidense, sin excluir la torpeza de las tácticas de Estados Unidos. Más allá de la propia ferocidad de la guerra, los territorios experimentaron duras imposiciones, cortesía de las autoridades estadounidenses, que incluyeron internamientos *de facto*. Por otro, la movilización para la guerra produjo grandes innovaciones en el terreno de la logística y el transporte, así como en la producción industrial, especialmente en lo que se refiere a los materiales sintéticos. Este es un tema de vivo interés para Immerwahr, quien es un logístico materialista con un enorme interés por cómo funcionan verdaderamente las cosas. Su afinidad electiva con Herbert Hoover («un burócrata asombrosamente capacitado») no resulta sorprendente.

En el relato de Immerwahr, las dramáticas consecuencias de la guerra prepararon el terreno para el posterior cambio desde la colonización a la globalización y al «imperio puntillista». Dicho de maneja simplificada, su tesis es que ya no había ninguna necesidad de tener regiones tropicales y por ello, en la cúspide de su poder global —«las vertiginosas alturas de la posibilidad imperial»— Estados Unidos eligió descolonizar en vez de anexionarse más territorios. Immerwahr señala que la guerra había desencadenado la resistencia antiimperialista, pero la verdadera fuerza impulsora, descrita con un conjunto torrencial de locuciones verbales —«destruyendo el imperio», «desafiando al territorio», «saltando el espacio», «aniquilando el espacio»— es la tecnología, la logística, la propagación de los estándares estadounidenses. Se nos ofrece un detallado relato de cómo Estados Unidos forzó a los británicos a seguir sus estándares sobre las roscas de los tornillos. Incluso a medida que la geopolítica casi desaparece, el imperio como tal encuentra nuevas formas: la estandarización unida a un mapa punteado de bases. El nuevo mundo de «Baselandia» va acompañado por la fuerza globalizadora de diversas estandarizaciones técnicas y culturales estadounidenses, el poder en otro formato: el dominio del inglés como el primer y segundo idioma, la ubicuidad del octógono rojo (la señal de stop), los materiales sintéticos, las comunicaciones. En una palabra, la globalización.

Esto no resulta convincente. Aunque la estandarización fue un hecho, el lenguaje de Immerwahr se vuelve extrañamente exagerado y celebratorio al describir estos cambios. Al igual que existían pocos límites para la movilización exitosa de la guerra en la metrópoli, en su relato parece que quizá también existían pocos límites para el imperio postterritorial posterior. Hay que recordar que, de hecho, el mundo adoptó el sistema métrico decimal. Más importante, el argumento funcional está equivocado. En 1939 (o incluso en 1900) no había ninguna «necesidad» de un «imperio», incluso en el sentido minimalista de Immerwahr, y seguía sin haberla en 1945. El pequeño desprendimiento de territorios que se produjo después de la guerra no se debía a «necesidades» decrecientes, a pesar del caucho sintético.

Los puntos están ahí y el imperio cambió, pero el enmarcado, la periodización y el argumento causal están equivocados. Lo que surgió después de la Segunda Guerra Mundial no fueron puntos, sino una nueva geopolítica de alianzas dominada por la hegemonía de Estados Unidos en nombre de la Guerra Fría.

Estratégicamente, la Marina estadounidense siempre «necesitaba» alguna versión de un mundo punteado de bases. Alfred Mahan lo había dicho en la década de 1890. Los militares ya habían adelantado reclamaciones estratégicas con aromas globalistas a mitad de camino de la Segunda Guerra Mundial. El nombre que se daría a ese juego era, desde luego, «seguridad nacional», un concepto que rara vez aparece en el relato de Immerwahr. El «imperio» que surgió después del giro expansionista de la guerra se caracterizaba no solo por las bases, sino por alianzas, protectorados, Estados clientes, zonas comerciales, toda clase de relaciones económicas asimétricas, intervencionismo y, desde luego, colonias retenidas. Así, la era de la posguerra, dominada por conceptos sobre seguridad global armados sobre el terreno de la Guerra Fría, incluía una variedad de diferentes espacializaciones que no encajan fácilmente en la original versión de «imperio» de Immerwahr. Sin ir más lejos, el concepto del periodo de la guerra de bases futuras se convirtió, inesperadamente, en un sistema de alcance mundial de pactos de seguridad multilaterales y bilaterales, anclados y garantizados por Estados Unidos, todos ellos sellados en nombre de la «seguridad nacional» y del anticomunismo. No se trataba simplemente de una red «puntillista» de puntos «semisoberanos», logísticamente conectados que radiaban una influencia cultural y tecnológica (revelando a los impresionables jóvenes de Liverpool, John y Paul, la música popular estadounidense). Era un nuevo mapa *geopolítico* de alianzas y dominio estadounidense aglomerados en torno a la Guerra Fría.

La necesidad es una cosa, el imperio realmente existente otra; salir de una situación está cargado de la inercia de lo real. No es cierto que Estados Unidos realmente descolonizara en gran medida al final de la guerra; hubo más entusiasmo estadounidense viendo cómo los británicos se veían obligados a renunciar a sus cuasi coloniales barreras comerciales. La única pérdida importante fue la de Filipinas y ello se había decidido en la década de 1930, mucho antes de la revolución logística de Immerwahr, en parte por el deseo de los intereses azucareros nacionales de eliminar la competencia de Filipinas. El cuento de hadas del colonialismo europeo clásico como civilización se había desvanecido tiempo atrás. Incluso antes de la Primera Guerra Mundial, la llegada de William Howard Taft y su «diplomacia del dólar» a la Casa Blanca significó un cambio; sus experiencias en Filipinas a comienzos de la década de 1900 le habían hecho ser muy consciente de las dificultades del dominio colonial. Lo que quedaba en el lado estadounidense en el

periodo de entreguerras era la gestión inconexa acompañada por el dominio directo aquí y allá, como señala el propio Immerwahr. La preponderante concepción estadounidense del «interés» en el mundo no era el colonialismo territorial, sino el control de los mercados y de los puntos estratégicos.

Esto, evidentemente, no tenía nada que ver con el caucho sintético. De hecho, en Filipinas nunca habían echado demasiadas raíces los intereses estadounidenses, a diferencia de Cuba que técnicamente no pertenecía al imperio pero que esencialmente era un protectorado. Puerto Rico sí permanecía, como lo hicieron un montón de islas del Pacífico; de hecho, Estados Unidos añadió algunas bajo el subterfugio del fidecomiso de Naciones Unidas. Algunas posesiones coloniales demostraron constantemente ser útiles como puntos militarizados –Guan permanece siendo una «instrumentalidad» del Congreso de Estados Unidos–, mientras que otras se conservaron porque no había especial interés por hacer otra cosa. Algunas fueron dedicadas a la obliteración, como lugares para pruebas nucleares. A día de hoy, Estados Unidos controla estratégicamente una enorme área marítima en el Pacífico Sur.

Sin embargo, el argumento de Immerwahr opta por postular menos el desprendimiento de determinadas colonias que la ausencia de posteriores demandas: el enorme poder estadounidense de 1945 no se expresó en anexiones. Convertir esto en un problema exige una singular lectura apolítica de la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos afirmó las virtudes de la «autodeterminación», y no hay duda de que Franklin D. Roosevelt estaba convencido de que el colonialismo estaba acabado y superado. La emancipación real podía llevar mucho tiempo, pero el hecho histórico de la cuestión estaba claro. Esa hubiera sido la convicción con y sin la Segunda Guerra Mundial, pero el conflicto intensificó esas convicciones no solo porque la monumental lucha se libró contra tres potencias neoimperialistas, Alemania, Italia y Japón, que predicaban con todo su ser la conquista y la anexión territorial, sino porque destruir su proyecto era en sí mismo afirmar el valor de lo opuesto. La Carta del Atlántico pudo ser una representación para la galería, pero expresaba la ideología de la operación, como lo hacía la Carta de la ONU de 1945. Francia, Gran Bretaña y Holanda trataron de diferentes maneras de reclamar sus imperios después de la Segunda Guerra Mundial, pero en términos históricos el juego estaba realmente acabado. Políticamente, en 1945 nunca hubo un momento de «posibilidades imperiales». Immerwahr deja de lado que la anexión fascista de alguna manera había mostrado la viabilidad del concepto para que Estados Unidos creara un puzle a partir de la nada. La naturaleza antifascista de la Segunda Guerra Mundial no era un aspecto menor.

Igualmente extraño en el posible puzle del desprendimiento de determinadas colonias es la inclusión que hace Immerwahr de las zonas de

ocupación en Alemania, Austria y Japón, dentro de los «*Greater United States*». Nunca hubo ninguna perspectiva de *anexionarse* esos territorios. La autoridad de la «ocupación» no es lo mismo que la autoridad de la soberanía territorial. De lo contrario, Immerwahr debería haber incluido las diversas ocupaciones anteriores de Haití, Nicaragua y la República Dominicana finalizadas durante las décadas de 1920 y 1930. Para entonces ya estaba claro que semejantes estrategias eran improductivas y que eran preferibles otros modos de dominación y control, como externalizar la represión a las fuerzas de seguridad locales. A la inversa, si la anexión no estaba sobre la mesa, la ocupación tampoco «se concluyó rápidamente» después de la guerra, como afirma Immerwahr. La ocupación de Japón se prolongó durante siete años y finalizó, no por casualidad, con un tratado de seguridad que convirtió a Japón en un protectorado estadounidense. Paralelamente, el fin formal de la ocupación de la *Bundesrepublik* en 1955 fue acompañado de su incorporación a la OTAN comandada por Estados Unidos; y el país continuaría albergando veintitantas divisiones estadounidenses. Esto, de nuevo, no es ni la renuncia al territorio ni la aparición del puntillismo. Es otra clase de ordenación geopolítica en su conjunto.

Un problema aquí es el concepto indiferenciado de Immerwahr del poder estadounidense; el mapa-logo como un actor unitario, una noción que paradójicamente fortalece lo que se supone que está en tela de juicio. Se dice que después de la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos había «reorganizado su cartera imperial, desligándose de grandes colonias e invirtiendo en bases militares, minúsculos trocitos de semisoberanía esparcidos por todo el globo». La semántica de Immerwahr sugiere un gestor de fondos de cobertura o, al menos, una figura de panóptica inteligencia tomando decisiones sobre el conjunto. Contemplados en un contexto global, sin embargo, los intereses de Estados Unidos realmente se movieron a lo largo de diferentes ejes de orientación de sus políticas, lo cual no sorprende: la lógica espacial de dirigir una marina global se diferencia de la de dirigir una alianza geopolítica, que es diferente a la de dirigir un sistema financiero, que también es diferente de la lógica de control de las materias primas. La tecnológica entra en todas estas tareas pero no es sus determinante; tampoco las especializaciones resultantes son producto de una única lógica.

Así, de carecer de argumentación, Immerwahr progresa hasta una tesis de conjunto demasiado simple de puntos y estándares. Su creencia en el sustitucionismo parece ilimitada. Cita con aprobación a U Thant, secretario general de la ONU en la década de 1960, que creía que las economías desarrolladas podían tener «la clase y la magnitud de recursos que ellas mismas *decidieran* tener». Como si la creación partiendo de la nada estuviera a la orden del día. Esa no es la manera en que funciona la economía mundial, ni entonces ni ahora. Nunca existió correlación directa alguna entre el

«colonialismo», tal y como lo define Immerwahr, y el control de las materias primas. Esta es una cuestión compleja, ya que el control político algunas veces resultaba práctico pero muy a menudo no lo era. Para Japón siempre fue una preocupación central y su historia anterior y posterior a la guerra es un elocuente testimonio del problema de los recursos; mucho menos para el mapa-logo, dentro del cual la abundancia de carbón y de mineral de hierro siempre podían combinarse para formar acero.

Más que considerar el periodo de la posguerra como un desprendimiento racional de territorios, podríamos considerarlo como un momento en el que la operación de «ocultamiento» se reafirma por medio de una deficiente atención. Las viejas posesiones coloniales no importaban tanto, como Immerwahr señala de pasada. Sin embargo, el nuevo imperio no fue de ninguna manera meramente un imperio de puntos «semisoberanos», sino un sistema hegemónico global de dominio geopolítico y económico que implicaba toda clase de especializaciones y zonas de intervención. En medio de los aplausos oficiales del anticolonialismo, la autodeterminación y la «libertad», el mapa-logo (con el añadido final de Hawái y Alaska) recibió un lugar de privilegio en el nuevo orden mundial en lucha contra las fuerzas del mal. Realmente, el mapa-logo de Estados Unidos se convirtió en la misma garantía de ese orden mundial. Esto suponía un «imperio» a una escala totalmente diferente y de un tipo totalmente diferente al de las jurisdicciones de Immerwahr.